

Mabel Collins

DIARIO DE UN CHELA INDO



BIBLIOTECA UPASIKA

www.upasika.com



Mabel Collins

DIARIO DE UN CHELA INDO

(Extracto del Manuscrito de un Discípulo)

En diciembre llegó a Benarés, en donde creía él que concluiría su última peregrinación. Hasta el punto que soy capaz de descifrar este manuscrito curioso escrito en una mezcla de Tamil, lengua del mediodía de la India, y de Mahratta, el cual, como usted sabe, es por completo distinto, demuestra que él había hecho muchas peregrinaciones a los lugares sagrados de la India, y si las hizo por impulso propio o porque le impulsaban a que las hiciese, es cosa que, yo no sé. Si él hubiese sido tan sólo un indio vulgar con sentimientos religiosos, podríamos llegar a alguna deducción fundada, puesto que en este caso las peregrinaciones podrían haber tenido por objeto el hacer méritos; pero como hace mucho tiempo que debe de haberse elevado por encima de las cadenas floridas, aun de los Vedas, no podemos realmente decir cuál es la razón que motivaba estos viajes. Si bien, como sabe usted, hace tiempo que estoy en posesión de estos papeles, los tiempos no han parecido lo suficientemente maduros para que viesan la luz pública hasta ahora. Cuando yo los recibí él había ya hacía largo tiempo desaparecido de estas escenas de ocupación y trabajo, y partido para otras en que las ocupaciones son mucho mayores; y ahora le doy a usted permiso para publicar esta relación fragmentaria, sin describir su personal. Estas personas, como usted sabe, no se muestran dispuestas a que circulen descripciones referentes a ellas mismas. Siendo ellos discípulos verdaderos, jamás les gusta decir que lo son, lo cual es una manera de conducirse por completo contraria a la de aquellos famosos profesores de ciencia oculta, que oportunamente o inoportunamente declaran a voz en grito su supuesto chelado.

... Por dos veces, había yo visto ya estos templos silenciosos que se levantan a orillas del Ganges sagrado. Ellos no han cambiado; pero en mi, ¡Qué cambios han tenido lugar!. Y sin embargo, esto no puede ser, porque yo no he cambiado; únicamente, el velo que cubre, es, o bien rasgado, o permanece más adherido, más sólidamente plegado para disfrazar la realidad...

Siete meses hace ahora, desde que empecé a hacer uso del privilegio de

escuchar a Kunala. Antes, cada vez que iba a verle, el destino implacable me rechazaba. Era Karma, la ley justa que obliga cuando nosotros no queremos, la que me lo impedía. Si yo entonces me hubiese desanimado y vuelto a la vida, que aun entonces permanecía tan lejos en el pasado, mi destino en esta encarnación hubiera quedado resuelto, y él no me hubiera dicho nada. ¿Por qué?. Feliz era yo que conocía que el silencio no podía indicar en él ninguna pérdida de interés en mi bienestar, sino únicamente que el mismo Karma prevenía la interferencia. Muy pronto después de la primera vez que le vi, sentí yo que no era él lo que parecía ser exteriormente. Después, el sentimiento se desarrolló, en poco tiempo, en una creencia tan profunda, que cuatro o cinco veces pensé en arrojarme a sus pies y pedirle que se me revelase él mismo a mí. Pero pensé era inútil, pues sabía que era yo demasiado impuro para que me pudiera ser confiado un tal secreto. Pensaba yo que si permanecía silencioso, él me lo confiaría cuando de ello me considerase digno. Creía que debía ser un gran Adepto Indo que había asumido aquella forma ilusoria. Pero en cuanto a esto, tropezaba con una dificultad, porque sabía yo que recibía cartas de varios parientes que residían en puntos distintos, y esto le hubiera obligado a practicar la ilusión sobre todo el globo, porque algunos de aquellos parientes estaban en otros países, en donde también él había estado. Varias eran las explicaciones que yo a mí mismo me sugería:

“...Tenía yo razón en mi concepto original de que Kunala es algún gran Adepto Indo. De este asunto yo he hablado constantemente con él desde... aunque temo que ni soy ni seré jamás durante esta vida digno de su compañía. Mi inclinación ha permanecido siempre en este sentido. Siempre he pensado en retirarme de este mundo y en consagrarme a la devoción. Con frecuencia le he expresado esta intención a Kunala, a fin de poder estudiar esta filosofía, que es la única que puede labrar la felicidad de un hombre en este mundo; pero entonces él acostumbraba preguntarme: ¿Qué es lo que haría yo allí solo?. Él dice que en lugar de lograr mi objeto podría quizás volverme loco, si me quedase solo en el desierto sin nadie que me guiase; que yo era lo suficientemente inocente para creer que con irme a la soledad me encontraría con un adepto; y que si yo realmente deseaba lograr mi objeto, debía trabajar en la reforma, en la cual, y por medio de la cual, había encontrado tantos hombres buenos y a mí mismo también; y cuando los Superiores, a quienes no me atrevo a mencionar; por otros nombres, estuviesen satisfechos de mí, me llamarían fuera del mundo y me enseñarían privadamente. Y cuando yo tontamente le pedí muchas veces me dijera los nombres y direcciones de

alguno de aquellos Superiores, me dijo una vez: “Uno de nuestros Hermanos me ha dicho que, como andas tú tanto tras de mí, haría mucho mejor con decirte de una vez, que no tengo yo ningún derecho a darte ninguna noticia acerca de Ellos; pero si tú vas preguntando a los Indos que encuentras lo que saben acerca del asunto, puedes adquirir datos, y quizás uno de estos Superiores puede cruzarse en tu camino sin que tú le conozcas y decirte lo que debes hacer”. Esto eran órdenes, y comprendí que debía esperar, comprendiendo, sin embargo, que únicamente por medio de Kunala podía lograr mi deseo...

...Entonces pregunté yo a uno o dos de mis propios paisanos, y uno de ellos me dijo que había visto a dos o tres de semejantes hombres, pero que no eran ellos por completo, lo que él pensaba que eran los Raja Yoguis. También me dijo que había oído hablar de un hombre que había aparecido varias veces en Benarés, pero que nadie sabía en dónde vivía. Mi descorazonamiento aumentó todavía más, pero jamás perdí la firme confianza de que existen Adeptos que viven en la India y que pueden todavía encontrarse entre nosotros. Sin duda alguna existen también unos pocos en otros países; de otra manera, ¿Por qué Kunala había ido a ellos?.

... A consecuencia de una carta de Vishnurama, que decía que un cierto X (*Me ha sido imposible descifrar este nombre*) y que Swamiji K. le conocían. Como quiera que sea, por ciertas razones yo no podía dirigirme a Swamiji K. directamente, y cuando le pregunté si él conocía a X., contestó: “Si después de todo, un tal hombre existe allí, no es conocido”. Así y evasivamente me contestó en muchas ocasiones, y vi yo que todo cuanto esperaba de mi ida a Benarés no era más que castillos en el aire. Pensé que sólo había obtenido el consuelo de que estaba cumpliendo yo una parte de mi deber. Así es que escribí de nuevo a Nilakant: “Tal como aconsejado por ti, yo no le he dejado conocer lo que sabía de él, ni cuáles son mis propias intenciones. Él parece pensar que en esto estoy trabajando para hacer dinero, y yo le mantengo en la oscuridad en lo referente a mi mismo, y yo mismo ando a tientas por las tinieblas. Esperando luz de ti, etc... El otro día Nilakant llegó súbitamente aquí y les encontré a él y a Sw. K. juntos, cuando, para mi sorpresa, K. de pronto mencionó a X. diciendo que le conocía bien y que él con frecuencia iba a verle, y entonces él se ofreció a llevarnos allí. Pero justamente cuando íbamos a ponernos en marcha, llegó un oficial inglés que tiempo atrás había prestado un servicio a Kunala. Él había oído hablar algo de X. y se le permitió ir con

nosotros. Tales son las complicaciones de Karma. Era absolutamente necesario que fuese, aunque sin duda alguna su educación europea nunca le hubiera permitido aceptar más que a medias la doctrina del Karma, tan entrelazada con el pasado y el futuro de nuestras vidas, presentes, pasadas y futuras. Durante la conversación con X. no pude averiguar nada, y nos marchamos. Al día siguiente K. vino a vernos. El no habla nunca de sí mismo más que como de “este cuerpo”. El me dijo que había estado primero en el cuerpo de un fakir, el cual habiendo perdido su mano por un disparo que recibió mientras pasaba por la fortaleza de Bhurtpore, tuvo que cambiar su cuerpo y escoger otro, aquel en el cual en la actualidad permanecía. Un niño de unos siete años estaba muriéndose en aquella ocasión, y antes de que la muerte física fuese completa, este fakir entró en el cuerpo que usó después como el propio. El no es, por lo tanto, sin duda alguna, lo que parece ser. Como fakir estudió la ciencia de Yoga durante 65 años; pero como aquel estudio fue interrumpido cuando sufrió la mutilación, imposibilitándole para las funciones que debía desempeñar, se había visto obligado a escoger su otro cuerpo. En su cuerpo presente tiene 53 años, y por consiguiente el X. interno tiene 118 años”.

Durante la noche le vi hablar con Kunala, y me encontré con que cada uno de ellos tenían el mismo Guru, el cual es un muy gran Adepto, cuya edad es de 300 años, aunque no aparenta más de unos 40 (*Es particular que lo mismo que en esto, en las relaciones acerca de Cagliostro, St. Germain y otros Adeptos, considera la edad aparente como de 40 años. E. D.*). Dentro de unos pocos siglos entrará en el cuerpo de un Kshatriya, (*La casta guerrera de la India. E. D.*) y hará algunas cosas bien grandes en pro de la India; pero el tiempo no ha llegado todavía.

“Ayer fui a visitar con Kunala los templos, tan vastos como curiosos, que aquí nos han dejado nuestros antepasados. Algunos son tan sólo ruinas, otros presentan únicamente los estragos del tiempo. ¡Qué diferencia entre mi apreciación actual de estos edificios, con Kunala para indicarme significaciones que antes yo no veía, y la que tenía cuando los vi durante mi primera peregrinación hecha hace tantos años con mi padre!...

Una gran porción del manuscrito, aunque escrita con los mismos caracteres que el resto, ha sido evidentemente alterada en algún modo por el autor, de manera que sólo para él resultase inteligible. Con algún esfuerzo

puede ser descifrado; pero yo debo respetar su deseo y mantener inviolables todas aquellas porciones que están así cambiadas. Al parecer, se refieren a secretos, o al menos a cosas que él deseaba no fuesen comprendidas a primera vista. Así es que sólo transcribiré una pequeña porción sin quebrantar confidencias de ninguna especie.

Claro se ve que había estado ya antes en la ciudad santa de Benarés, la cual había visto meramente como lugar de peregrinación para los devotos. Entonces, para él, aquellos templos famosos eran tan sólo templos. Pero en la actualidad veía, bajo la instrucción de Kunala, que cada uno de los edificios realmente antiguos en la colección, había sido construido con el objeto de presentar en la piedra los símbolos de una muy antigua religión. Dice él que Kunala le dijo que, aunque los templos fueron construidos cuando el vulgo de aquellas épocas en manera alguna podía suponer que existirían naciones, un día, que ignorarían las verdades entonces conocidas universalmente, o que las tinieblas envolverían las inteligencias de las gentes, existían, sin embargo, allí en aquel entonces, Adeptos que eran bien conocidos por las autoridades y por el pueblo. Todavía no habían sido arrastrados por el destino inexorable a lugares apartados de la civilización, vivían entonces en los templos, y aunque no tenían ningún poder temporal, ejercían una influencia moral que era mucho más grande que ninguna soberanía en la tierra (*En la antigua civilización Azteca de México, el orden Sacerdotal era muy numeroso. A su cabeza existían dos sumos sacerdotes elegidos por la orden, sólo teniendo en cuenta sus cualidades. Eran iguales en dignidad y sólo inferiores al soberano, quien raras veces obraba sin pedirles consejo en cuestiones importantes. (Saltagún: Historia de Nueva España, lib. 2: lib. 3: c. 9. - Torg. Monq. Ind. lib. 8: cap. 20: lib. 9: cap 3. 56; citado por Prescott en vol. 1: Conq. Mea. p. 66. E. D.)*). Y ellos sabían que llegarían los tiempos en que la influencia funesta de la edad negra haría olvidar durante largo tiempo a los hombres que semejantes seres hubiesen existido, o que cualesquiera doctrinas distintas de la doctrina material, fundada en lo mío y lo tuyo, hubiesen sido practicadas. Si las enseñanzas hubiesen sido confiadas sencillamente a papel, papiro o a pergaminos, con facilidad se hubieran perdido en razón del deterioro inherente a toda membrana, ya sea animal o vegetal. Pero la piedra en un clima benigno dura épocas enteras. Así es que estos Adeptos, algunos de los cuales eran Maha-Rajash (*Gran-Rey*), realmente hicieron construir los templos en formas tales, y con tales símbolos de ornamentación, para que las razas futuras pudiesen descifrar las doctrinas contenidas en los mismos. En esto, dice él se

demuestra gran sabiduría, pues si las hubiesen esculpido en forma de sentencias en el lenguaje entonces prevaleciente, no hubieran logrado el objeto, desde el momento en que los lenguajes también cambian, y hubiera resultado una confusión tan grande como la que han originado los jeroglíficos egipcios, a menos de que una clave hubiese sido preparada también; pero esta última también hubiera podido perderse, o convertirse a su vez ininteligible. Las ideas que existen bajo los símbolos no se alteran, sin importar cuál sea su lenguaje, y los símbolos son a todas luces inmortales, puesto que se encuentran en la naturaleza misma. Con respecto a esta parte del asunto, él escribe que Kunala le dijo que el Lenguaje entonces usado no era el sánscrito, sino otro mucho más antiguo y hoy completamente desconocido para el mundo. De un párrafo aislado del manuscrito se desprende que Kunala hizo referencia a un curioso edificio existente en otra parte de la India, visible hoy y que cuenta muchos años de fecha, con lo cual ilustra la diferencia que existe entre la construcción inteligente y la no inteligente. Este edificio fue debido a un Chandala, (*Nombre de casta inferior (un barrendero)*). *Este edificio puede verse en Bijapur, India. E. D.*) que se había hecho rico gracias a una circunstancia curiosa. A un cierto rajah le habían dicho sus astrólogos que en razón de cierto suceso futuro, debía dar una suma inmensa de dinero a la primera persona que viese al día siguiente, contando presentársele ellos mismos muy temprano. Al día siguiente, el rajah se levantó mucho más temprano que de costumbre, miró por la ventana y vio al Chandala. Convocando a los astrólogos juntamente con su consejo y al pobre barrendero, entregó a este último un tesoro inmenso, y con esta suma el Chandala construyó un edificio de granito, en el cual figuran unas enormes cadenas monolíticas que cuelgan de sus cuatro esquinas. El único simbolismo que encierra es el cambio de las cadenas por el destino: el paso de una casta ínfima a un estado de elevación y de riqueza. Sin la historia el edificio nada nos dice.

Pero los símbolos del templo, no sólo los que en él figuran esculpidos, sino además la relación que existe entre los mismos, no necesitan de ninguna historia ni conocimientos, ni de sucesos históricos de ningún género. Tal es; en sustancia, lo que él escribe acerca de lo que Kunala le dijo. También dice que este simbolismo se extiende además de las doctrinas y la cosmología, a las leyes de la constitución humana, tanto espiritual como material. La explicación de esto se halla contenida en las porciones alteradas y crípticas del manuscrito. Después continúa como sigue:

... Ayer, justamente después de ponerse el sol, mientras Kunala y X. estaban hablando, Kunala pareció entrar de repente en una condición anormal, y unos diez minutos después, una gran cantidad de flores malwa cayó sobre nosotros desde el techo.

“Yo debo ir ahora a... y hacer lo que él me ha mandado hiciese. Mi deber es lo suficientemente claro; pero ¿Cómo voy a saber yo si lo cumpliré propiamente?... Cuando estaba allí, y después que hube concluido mi trabajo y estaba preparándome para volver aquí me encontré con un fakir vagabundo, que me preguntó si podía enseñarle el camino que conduce a Karli. Se lo indiqué, y entonces me hizo algunas preguntas que parecían indicar sabía cuáles eran mis asuntos; tenía también una expresión de mirada muy significativa, y varias de sus preguntas iban en apariencia encaminadas a sonsacarme algunas cosas, que Kunala me había dicho en secreto antes de salir de Benarés. Las preguntas no iban directamente a ello, pero su naturaleza era tal que, si no hubiese tenido yo el mayor cuidado, hubiera podido violar el secreto. Él entonces me dejó diciendo: “Tú no me conoces, pero nos veremos uno a otro “Volví la otra noche y vi únicamente a X. a quien referí el incidente con el fakir, y me dijo que “éste no era más que el mismo Kunala que, haciendo uso del cuerpo del fakir, había dicho aquellas cosas, y si tú vieses de nuevo a aquel fakir, ni se acordaría de ti ni sería capaz de repetir sus preguntas, pues Kunala se había apoderado de él en aquella ocasión, cosas que Kunala suele hacer con frecuencia”. Yo le pregunté entonces si en aquel caso Kunala había entrado realmente en el cuerpo del fakir; la contestación era que no, pero que si mi pregunta se refería a si Kunala había vencido y subyugado los sentidos del fakir, la contestación era que sí: dejándome a mí mis propias conclusiones “Ayer fui lo suficientemente afortunado para que se me enseñase el proceso que se sigue, o bien para entrar en un cuerpo vacío, o bien para usar uno que posee ya su propio ocupante. Vi que el proceso era el mismo en ambos casos, y se me dijo también, que un Bhut (*Un cascarón astral que obsesiona. Los Indos los consideran como restos (astrales) de los difuntos. E. D.*) emplea el mismo procedimiento para apoderarse del cuerpo o de los sentidos de aquellas mujeres desgraciadas de mi país que algunas veces son poseídas por Bhuts. Y también algunas veces el Bhut se apodera de una parte tan sólo del cuerpo de la persona obsesa, tales como un brazo o una mano, y esto lo hacen influyendo aquella porción del cerebro que está en relación con aquel brazo o mano: y lo mismo sucede con la lengua y otros órganos de la palabra. A nadie más que a Kunala hubiera yo permitido emplear mi propio

cuerpo para el experimento. Pero yo me sentía perfectamente seguro de que no sólo me devolvería a mi cuerpo, sino que además no permitiría a ningún intruso, ya hombre, ya gandharba (*Espíritu de la Naturaleza o Elemental. E. D.*) el penetrar en el mismo después de él, fuimos a y él. El sentimiento era que yo de repente había brotado a la libertad. Él permanecía a mi lado, y en un principio pensé que no había hecho más que empezar. Pero él me indicó que mirase y vi en la cama a mi propio cuerpo en apariencia inconsciente. Mientras miraba mi propio cuerpo, abrió sus ojos y se levantó; era entonces superior a mí, porque el poder vitalizador de Kunala le movía y le dirigía. Hasta me parecía que me hablaba. En torno del mismo, atraídas a él por aquellas influencias magnéticas, revoloteaban y se movían formas astrales, que en vano trataban de susurrarle al oído, o de penetrar en él por el mismo camino. ¡En vano!. Parecían ser rechazadas por el aire o lo que rodeaba a Kunala. Al volverme para mirarle, esperando verle en un estado de samadhi, (*Éxtasis trascendente. N. del T.*) le vi sonriendo como si tal cosa, y todo lo más, una porción tan sólo de su poder le faltaba... otro momento y yo era ya de nuevo yo mismo, la cama resultaba fría al tacto, los bhuts habían desaparecido, y Kunala hizo que me levantara.

“Él, me ha dicho que vaya a las montañas de... en donde... y... generalmente viven, y que aunque no viese yo a nadie la primera vez, el aire magnetizado en el cual ellos viven me haría mucho bien. Ellos no se detienen en general en un lugar, sino que siempre van de un punto a otro. Sin embargo, todos ellos se reúnen ciertos días del año en un cierto sitio cercano a Bhadrinath, situado en la India del Norte. Él me recordó que, a medida que los hijos de la India se habían ido haciendo más y más perversos, aquellos Adeptos se habían ido retirando cada vez más al Norte, a los montes Himalayas... ¡De qué gran consecuencia es para mí el estar siempre con Kunala!. Y ahora X. me dice lo mismo, que yo he sentido siempre. A medida que el tiempo ha transcurrido y que transcurre, he sentido y cada vez siento con mayor evidencia que yo he sido en una existencia anterior su discípulo más humilde y obediente. Todas mis esperanzas y planes futuros se hallan, por lo tanto, concentrados en él. En consecuencia, mi viaje a la montaña me ha producido un bien, el de dar mayor fuerza a mi creencia, lo cual es el fundamento principal sobre el que tiene que ser construida la gran estructura... Mientras estaba paseándome yo más allá del final del dique de Ramalinga, que tiene una pequeña lámpara de construcción europea, y no haciendo viento ninguno, por tres veces distintas la luz disminuyó de intensidad. Yo no podía

explicarme el porqué; tanto Kunala como X. se encontraban muy lejos. Pero en un momento, la luz súbitamente brotó con toda su fuerza, y al detenerme, la voz de mi venerado Kunala, a quien suponía yo muchas millas lejos, me habló y me lo encontré allí. Hablamos durante una hora, y me dio muy buenos consejos, a pesar de que no se los pedí; así sucede siempre cuando yo intrépidamente me lanzo adelante y no pido nada: recibo ayuda en el momento crítico; él entonces me bendijo y se marchó, y ni me atreví a mirar en qué dirección lo hizo. Durante aquella conversación hablé yo de la luz que se apagaba, pidiendo una explicación; pero él me dijo que yo no tenía nada que ver con ello. Le dije entonces yo que deseaba saberlo, pues podía explicármelo de dos maneras, a saber: 1° que él lo hizo por sí mismo; o 2° que alguien lo había hecho por él. El replicó que, aun cuando alguien lo hubiera hecho, ningún Yogui hará ninguna cosa, a menos de que él vea el deseo en la mente de otro Yogui. *(Esta sentencia es de gran importancia. La mente occidental se complace mucho más en efectos, personalidades y autoridad, que en buscar causas, lo mismo que muchos Teosofistas que con persistencia han buscado saber dónde y cuándo Mme. Blavatsky llevó a cabo algún hecho de magia, más bien que encontrar las causas o leyes que gobiernan la producción de los fenómenos. Esta frase subrayada es la clave de muchas cosas para aquellos que puedan ver. E. D.)*. La significación de esto me quitó por completo el deseo de saber quién lo hizo, ya fuese él mismo, un elemental u otra persona, puesto que es de mucha importancia para mí el conocer sólo una porción de las Leyes que gobiernan a un tal fenómeno, que saber quién puso a estas leyes en acción. También alguna correlación ciega de la naturaleza podía producir semejantes fuerzas naturales de acuerdo con las mismas leyes; así es que el conocimiento de lo que la naturaleza hizo, no hubiera sido, después de todo, conocimiento de ninguna clase de consecuencia.

“Siempre he sentido, y todavía siento con mayor evidencia, que yo he estudiado en un tiempo esta filosofía sagrada con Kunala, y que yo debo haber sido en alguna vida previa, su discípulo más obediente y más humilde. Esto debe de haber sido un hecho, pues no puedo explicarme los sentimientos que se originaron en mí, cuando por vez primera le encontré, aunque ninguna circunstancia especial ni notable se relacionó con aquel suceso. Todas mis esperanzas y mis planes se hallan concentrados en él, y nada en el mundo puede destruir mi confianza en él, especialmente cuando varios de mis amigos brahmines me dicen las mismas cosas sin consulta previa.

“Ayer fui a la gran fiesta de Durga, y casi todo el día me lo pasé contemplando la gran multitud de hombres, mujeres, niños y mendigos con la esperanza de encontrar a algunos de los amigos de Kunala, porque, según él me dijo una vez, no debía encontrarme nunca seguro de que ellos no estuvieran cerca de mi; pero no encontré a nadie que pareciese responder a mis ideas. Estando yo de pie en la escalinata que desciende al río, pensando en que quizás se trataba de poner a prueba mi paciencia, un Bairagi viejo, y en apariencia muy decrepito, me tiró de la manga y dijo: “No esperes jamás ver ninguno, pero mantente siempre dispuesto a contestar si ellos te hablan; no es propio mirar fuera de ti mismo en busca de los grandes secuaces de Vasudeva: mira más bien dentro”.

“Esto me sorprendió, pues esperaba que él me preguntaría o pediría algo. Antes de que me repusiese de mi sorpresa, él dio unos pasos y se confundió entre un grupo de gentes, y le busqué en balde: había desaparecido. Pero la lección no se ha perdido.

“Mañana vuelvo a I...

“Muy fatigoso fue, a la verdad, en un sentido corporal, el trabajo de la semana última, y en especial el de la última noche, y al acostarme, la noche pasada, después de haber estado trabajando hasta muy tarde, caí de repente en un profundo sueño. Habría dormido cosa de una hora o dos, cuando me desperté con un sobresalto encontrándome en soledad perfecta, perturbándola tan sólo los desagradables aullidos de los chacales que resonaban en los bosques. La luna brillaba resplandeciente; me dirigí a la ventana de esta casa a la europea, la abrí y miré fuera. Viendo que el sueño me había abandonado, empecé otra vez con aquellas hojas de palma. Apenas había comenzado, cuando un golpe llamó mi atención, y abrí la puerta. Muy contento me puse al ver a Kunala, a quien veía una vez más sin esperarle.

“- Ponte el turbante y ven conmigo - dijo; y se volvió”.

“Calzándome las sandalias y poniéndome el turbante, me lancé tras de él, temeroso de que el maestro me dejara atrás, perdiendo así alguna buena oportunidad”.

“El anduvo en dirección al bosque y tomó un sendero poco frecuentado.

Los chacales parecían retroceder y mantenerse a distancia; ahora aquí, ahora allí, en los mangos, que cruzaban sus ramas sobre nuestras cabezas, las zorras volantes se lanzaban de un lugar a otro, y al mismo tiempo distinguía el singular crujido de la serpiente asustada, que se ponía en fuga por entre las hojas caídas. No tenía el menor miedo, pues el maestro estaba enfrente de mí. Por fin llegó a un sitio que parecía desnudo de árboles, e inclinándose pareció oprimir el césped con sus manos. Vi entonces una trampa o entrada a una escalera construida de un modo muy curioso, que descendía a las profundidades de la tierra. El bajó y le seguí. La puerta cerrase tras de mí; pero, sin embargo, no reinaba la oscuridad, había sobra de luz, pero de dónde procedía es cosa que no me preocupé de averiguar entonces y ni puedo decirlo ahora. Me recordó los antiguos cuentos fantásticos de mi juventud, en los que se habla de peregrinos descendiendo al país de los devas, plenamente iluminado a pesar de no verse en él sol alguno.

“Al pie de la escalera había un pasadizo. Allí vi varias personas, pero no me hablaron, y ni siquiera parecían verme, a pesar de que sus ojos se dirigían a mí. Kunala nada dijo, pero anduvo hasta el extremo, en el cual había una habitación en la que estaban muchos hombres que parecían tan grandes como él parece ser, y además otros dos cuyo aspecto era más imponente, uno de los cuales permanecía sentado al final del aposento”...

Aquí hay una masa confusa de símbolos y de cifras que confieso no poder descifrar, y aun cuando pudiese hacerlo, no lo descubriría, porque supongo que es su manera de anotar para su propio recuerdo, lo que ocurrió en aquella habitación. Ni creo tampoco que el leerlo daría la menor idea a nadie más que al mismo escritor, por la sencilla razón de que es completamente fragmentario. Por ejemplo, encuentro entre otras cosas, una especie de anotación de una división de estados o planos; si son de conciencia, o de vida animada o elemental, no puedo decirlo; y en cada división existen jeroglíficos, que pueden ser animales, o ciudadanos del mundo astral, o cualquier otra cosa, o quizás ideas tan sólo; así es que continuaré hablando respecto a su vuelta.

“Una vez más entré en el pasadizo, pero en manera alguna recuerdo que subiese aquellas escaleras, y en un momento más permanecía yo a mi puerta. Todo estaba tal como lo había dejado, y encima de la mesa encontré las hojas de palma tal como las había colocado, excepto que al lado de las mismas había una nota de mano de Kunala, que decía:

“Nilakant, no trates de pensar en exceso profundamente en estas cosas que acabas de ver. Permite a las lecciones que penetren profundamente en tu corazón, y producirán su fruto apropiado. Mañana te veré...”

“¡Qué felicidad tan grande es la mía por gozar de la compañía de Kunala durante tantos días, aun cuando fuimos a...!. Sin embargo, fueron muy raras sus palabras para animarme y darme buenos consejos, respecto a la manera como debía conducirme. Él parece abandonarme a que yo siga mi propio camino. Creo que esto es justo, porque, de no ser así, jamás uno alcanzaría fuerza individual, ni el poder de análisis. Felices eran aquellos momentos cuando solos a media noche, estábamos en conversación. ¡Cuánta verdad encontré entonces en las palabras del Agroushada Parakshai!.

“Oíd: mientras el Sudra duerme a manera del perro bajo su cobertizo, mientras el Vaisia sueña en los tesoros que está amontonando, mientras el Rajah duerme en medio de sus mujeres. Éste es el momento en que los hombres justos, que no se hallan bajo el dominio de la carne, comienzan el estudio de las ciencias” (Véase Agroushada Parakshai, lib. 20. Diálogo 23. E.D.).

“La hora de media noche debe poseer poderes de una naturaleza peculiar. Y ayer aprendí por haber mirado un libro inglés, que aun estos semibárbaros hablan de esta hora como la “hora de los hechizos”, y me han dicho que entre ellos “hechicero” significa el poseer poder mágico...”

“Nos hemos detenido en la Posada en B... ayer por la noche; pero encontrándola ocupada, nos quedamos en el portal para pasar la noche. Pero una vez más tuve la felicidad de hacer una visita con Kunala a algunos de sus amigos a quienes venero y de quienes espero que me bendecirán también.

“Cuando todo el mundo se había ido a descansar y todo estaba tranquilo, me dijo que fuese con él al mar, que no estaba muy lejos. Anduvimos cosa de tres cuartos de hora por la orilla, y después pareció como si entrásemos en el mar. Al principio sentí un ligero temor, pero vi que allí parecía existir un sendero, aunque el agua permanecía en tomo a nosotros. El al frente y yo tras de él, anduvimos unos siete minutos, llegando a una pequeña isla; existía en ella un edificio y encima del mismo una luz triangular. Desde la orilla debería parecer un peñasco aislado, cubierto por completo de

matorrales verdes. Sólo existe una entrada para penetrar en el interior, y nadie puede encontrarla, a menos de que el ocupante desee que el que busca encuentre el camino. Tuvimos que andar rodeando la isla durante algún tiempo antes de que llegásemos enfrente del edificio actual. Enfrente del mismo existe un pequeño jardín, en el cual estaba sentado otro amigo de Kunala, con su misma expresión de ojos, y también reconocí en él a uno de los que estaban en el aposento subterráneo. Kunala se sentó, y yo permanecí ante ellos. Estuvimos una hora allí, y visitamos parte del lugar.

¡Qué agradable es!. En el interior tiene un cuarto en el cual deja el cuerpo cuando se marcha a otros lugares. ¡Qué sitio tan encantador y qué deliciosos perfumes de rosas y otras flores!. Mucho me gustaría visitar con frecuencia este lugar. Pero yo no puedo complacerme en sueños frívolos, ni en aquella especie de anhelo. El dueño de la casa me bendijo poniendo su mano sobre mi cabeza, y nos volvimos a la Posada a encontrarnos con la mañana llena de luchas y de tropezones con hombres que no ven la luz, ni oyen la gran voz del futuro; que están esclavizados a la miseria, porque se hallan firmemente adheridos a los objetos sensuales. Pero todos ellos son mis hermanos, y yo debo procurar hacer el trabajo del maestro, lo cual es de hecho y únicamente la obra del Ego Real, que es el Todo en Todo.

“He ido siguiendo las prescripciones de aquel mensaje que recibí justamente a mi vuelta del subterráneo, acerca de no pensar en exceso profundamente en lo que allí vi, y dejar que las lecciones se imprimiesen profundamente en mi corazón. Puede ser cierto, más, debe serlo, el que en nuestro desarrollo pasamos por períodos en los que debe concederse reposo al cerebro físico, pues como máquina menos comprensiva de lo que dicen los profesores del Colegio inglés que es, para que tenga tiempo para asimilar lo que ha recibido, mientras que al mismo tiempo, el cerebro real, al cual podríamos llamar el cerebro espiritual, sigue tan ocupado como siempre desarrollando los pensamientos que recoge del cerebro físico. Por supuesto, que esto es lo contrario de lo que dice esta ciencia moderna y de la cual tanto oímos hablar ahora, que se ha introducido por toda el Asia; pero, a mi modo de ver, es perfectamente lógico.

“Volvamos a considerar la situación. Yo fui con Kunala a aquel lugar subterráneo, y allí vi y oí las cosas más instructivas y solemnes. De vuelta a mi habitación, empecé a armarme una confusión sobre todas ellas y a

volverlas y revolverlas en mi mente, con objeto de ponerlas en claro y de ver qué era lo que podían significar. Pero me veo interrumpido por una nota de Kunala, en que me dice que cese en mi preocupación, y deje que todo cuanto vi, se grave profundamente en mi corazón. Cada una de sus palabras las oigo yo con respeto, y las considero como dotadas de una significación, y como jamás empleadas por él sin más ni más. Así es que cuando él me dice las deje que se graben en mi “corazón”, en la misma sentencia en la que se refiere a mi porción pensante, la mente, él debe pretender significar la separación, de mi corazón, de mi mente, para dar al corazón un poder mayor y mucho más grande.

“Obedecí al consejo, y procuré hasta el punto en lo que era posible, olvidar lo que vi y me preocupaba, y pensar en otras cosas. Cuando pocos días después, pensando una tarde en un episodio referido en el Vishnu Purana, (*Antiguo libro Indo, lleno de narraciones y doctrinas. E. D.*) miré una casa antigua por la cual pasaba, y me detuve a examinar un emblema curioso que figuraba en el vestíbulo. Al hacer esto, me pareció como si el emblema, la casa misma, o la misma circunstancia, no obstante su insignificancia, abrían de repente varias salidas a corrientes diversas de pensamiento acerca del subterráneo, aclarándolo todo, demostrándome la conclusión de un modo tan vívido y concluyente como si se tratase de una proposición completamente ilustrada; esto me produjo un intenso placer. Ahora podía yo percibir con claridad que aquellos pocos días, que parecían quizás perdidos por no haberlos empleado en la contemplación de aquella escena y de sus lecciones, habían sido usados con gran ventaja por el hombre espiritual para desenredar la madeja confusa, mientras el tan ponderado cerebro, había permanecido ocioso. De todos modos, el relámpago vino, y con él el conocimiento. Pero yo no debo depender de semejantes relámpagos; yo debo dar al cerebro y a su gobernante el material con el cual tienen que trabajar...

“La noche pasada, justamente cuando me iba a acostar, la voz de Kunala me llamó desde afuera, y salí en seguida. Mirándome fijamente, me dijo: “Deseábamos verte”; y a medida que hablaba cambió gradualmente, o desapareció, o fue absorbido en la forma de otro hombre, cuya faz y cuyos ojos inspiraban temor, y cuya forma aparentemente se levantó del material del cuerpo de Kunala. Al mismo tiempo otros dos estaban allí, vestidos en traje tibetano; y uno de ellos entró en mi cuarto, del cual había yo salido. Después de saludarle respetuosamente, y no conociendo sus intenciones, le dije yo al

que parecía de más importancia:

“ - ¿Tiene usted algunas órdenes que darme?.

“ - Si hay que dártelas, ya se te dirán sin que preguntes - contestó -; permanece donde tú estás.

“Entonces empezó a mirarme fijamente. Experimenté una sensación muy placentera como si fuese saliendo de mi cuerpo. No puedo decir ahora cuánto tiempo pasó entre aquello y ahora en que escribo esto. Pero yo vi que estaba en un sitio peculiar. Era el extremo superior de... al pie de la cordillera... Era un punto en el cual había únicamente dos casas, justamente enfrente una de otra, y ningún otro signo de habitación; de una de éstas salió el anciano Fakir que vi en la fiesta de Durga; pero ¡cuán cambiado!; y era, sin embargo, el mismo; entonces tan viejo, tan repulsivo: ahora tan joven, tan glorioso, tan bello; él me sonrió bondadosamente, y me dijo:

“ - No esperes jamás ver a ninguno, pero mantente siempre dispuesto a contestar si ellos te hablan; no es propio mirar fuera de ti mismo en busca de los grandes secuaces de Vasudeva; mira más bien adentro. (*Estos relámpagos de pensamientos no son desconocidos ni en el mundo científico, pues en un momento tal fue revelado a un sabio inglés que debía existir hierro en el sol: y Edison así es. cómo ha adquirido sus ideas. E. D.*).

“¡Las mismas palabras del pobre Fakir!.

“Él entonces me dijo que le siguiese.

“Después de andar durante una corta distancia, cosa de media milla poco más o menos, llegamos a un pasadizo subterráneo natural que se halla bajo la cordillera... El sendero es muy peligroso; el río... se precipita bajo tierra con toda la furia que la pendiente le comunica, y existe una calzada natural por la que uno puede pasar, pero sólo una persona cada vez, y basta un paso en falso para decidir el destino del viajero. Además de esta calzada, hay que cruzar varios valles; después de andar una distancia considerable por este pasaje subterráneo, llegamos a una altura abierta en L. K. Allí existe un grande y macizo edificio, que cuenta millares de años. Enfrente del mismo figura una enorme Tau Egipcia. El edificio reposa encima de siete gruesas columnas,

cada una de ellas en forma de pirámide. La puerta de entrada tiene un gran arco triangular, y en el interior existen varios departamentos. El edificio es tan grande que creo podría contener fácilmente a veinte mil personas. Algunas de las habitaciones me fueron enseñadas.

“Éste debe ser el lugar central para todos aquellos pertenecientes a la clase... a donde tienen que ir para iniciación y permanecer el período requerido.

“Entonces entramos en el gran recinto con mi guía enfrente de mí. Su forma era la de un joven, pero en sus ojos brillaba la mirada de los siglos... La grandeza y serenidad del lugar llenan al corazón de temor. En el centro figuraba lo que nosotros llamaríamos un altar; pero debe ser únicamente el punto de donde se difunde todo el poder, intención, sabiduría e influencia de la asamblea. Porque el solio, lugar o trono, que ocupaba el principal... el más alto... estaba rodeado por una gloria indescriptible, constituida por una refulgencia que parecía radiar de aquel que lo ocupaba. En lo que rodeaba al trono no había esplendidez ninguna, ni aquel lugar estaba en manera alguna adornado; toda la magnificencia añadida era por completo debida al aura que emanaba de aquel que allí permanecía sentado. Y me pareció que veía sobre su cabeza tres triángulos de oro suspendidos en el aire. Sí, allí estaban, y parecían brillar con un resplandor que no era de la tierra y que demostraba su origen inspirado. Pero ni ellos, ni la luz que llenaba aquellos ámbitos, eran producidos por ningún medio artificial. Al mirar en torno de mí, vi que otros tenían un triángulo, algunos dos, y todos brillaban con aquella luz peculiar y resplandeciente”.

Aquí viene otra vez una masa de símbolos. Se ve que justamente en aquel sitio desea anotar con cifras aquellos detalles de la iniciación que deseaba recordar. Y debo confesar yo que no me considero competente para dilucidar su significación. Esto debe ser abandonado a las posibles experiencias futuras en nuestro caso... “Día 14 de la nueva luna. Los sucesos de la noche en el recinto de la iniciación me han dado mucho que pensar. ¿Era un sueño?. ¿Me engaño a mí mismo?. ¿Puede ser que yo me haya imaginado todo esto?. Tales eran las desdichadas preguntas que, una tras otra, cruzaban mi mente durante los días posteriores. Kuhala no hace referencia al asunto, y yo no puedo preguntarle ni quiero tampoco hacerlo. Estoy decidido, suceda lo que suceda, a encontrar por mí mismo la solución, o que se me conceda

voluntariamente.

“¿De qué utilidad serán para mí todas las enseñanzas y todos los símbolos, si no puedo elevarme a aquel plano de conocimiento penetrante, por medio del cual, yo mismo deberé, por mí mismo, llegar a ser capaz de resolver este enigma, y de aprender a distinguir lo verdadero de lo falso y de lo ilusorio?. Si soy incapaz de poner término de una vez a estas dudas abrumadoras, o estos lazos de la ignorancia, es prueba de que no me he elevado todavía al plano que existe por encima de estas dudas... La última noche, después de haber estado todo el día lanzando de mi cielo mental a estas veloces destructoras de la estabilidad, a estas aves de paso mentales, me tendí en la cama, y al hacerlo, cayeron en mis oídos las palabras siguientes:

“ - La ansiedad es el enemigo del saber; o es a manera de un velo que cae ante el ojo del alma; continúa teniéndola, y el velo aumentará en espesor; arrójala de ti, y el sol de la verdad disipará el velo de nubes.

“Admitiendo aquella verdad, decidí concluir con toda clase de ansiedades. Sabía yo bien que aquella prohibición venía de las profundidades de mi propio corazón, porque aquella era la voz del Maestro, y la confianza en su sabiduría, y la naturaleza de las mismas palabras que por sí mismas se recomendaban, me compelió a tener confianza plena en el consejo. Apenas había formado la resolución, cuando sentí caer sobre mi cara algo que al instante cogí. Encendiendo una lámpara, vi una nota de la letra que tan bien conocía. Abriéndola leí:

“Nilakant: No era un sueño. Todo era real, y más de lo que podía ser retenido por tu conciencia, en tu estado despierto, tuvo lugar allí. Reflexiona acerca de ello, como acerca de la realidad, y de la más ligera circunstancia deduce la lección que sea, y todos los conocimientos que puedas. No olvides jamás que tu progreso espiritual procede con frecuencia de un modo completamente desconocido para ti. Dos de los muchos obstáculos que se oponen a la memoria son la ansiedad y el egoísmo. La ansiedad es una barrera construida con materiales groseros y violentos. El egoísmo es una oscuridad flamígera, que quemará la matriz de la memoria, la tranquilidad pacífica del contento y la lluvia vivificante de la benevolencia”...

Aquí omito, lo mismo que en otras ocasiones, meros apuntes de viajes y

cosas de poca importancia, probablemente sin interés.

“Al pasar el mes último por las colinas cercanas a V..., me sentí irresistiblemente atraído a examinar un edificio desierto, que en un principio tomé por un granero o algo parecido. Era de piedra, cuadrado, sin aberturas, ventanas, ni puerta ninguna. Por su aspecto exterior podía tomarse como ruinas de una robusta base para algún antiguo edificio, fortaleza o torre. Kunala no estaba lejos y lo contemplaba, y por último me preguntó qué pensaba yo acerca del mismo. Sólo pude decir que, aunque parecía sólido, me figuraba que podría estar hueco.

“Si - me dijo él - , está hueco. Es uno de los lugares construidos en un tiempo por los Yoguis, para sumirse en él en un profundo éxtasis. Si usado por un chela (discípulo), su maestro vela sobre él mismo a fin de que nadie pueda entrar. Pero cuando un adepto lo necesita para dejar en él su cuerpo, mientras viaja en su forma real, aunque para algunos invisible, se adoptan con frecuencia otros medios de protección, que son, por cierto, tan seguros como lo es la presencia del maestro para el discípulo. “- Bien - dije yo -, lo que es ahora no debe haber allí dentro cuerpo alguno de nadie”.

“- No deduzcas, ni esto, ni otra cosa cualquiera. Puede estar ocupado y puede no estarlo.

“Entonces proseguimos nuestro viaje, y me habló de la benevolencia, no sólo de los Yoguis Brahmines, sino además de la de los Buddhistas. El discípulo verdadero no debe observar diferencia ninguna en ningún otro discípulo que quizás pertenece a otra creencia. Todos van tras de la verdad. Los caminos difieren, pero la meta de todos ellos es la misma”.

“Repetido tres veces: El tiempo madura y disuelve a todos los seres en el gran **MISMO**, pero aquel que conoce en qué tiempo él mismo es disuelto, es el conecedor del Veda.

¿Qué es lo que tiene que comprenderse, no sólo por esto, sino además por ser repetido tres veces?.

“Allí había tres altares. Sobre la puerta existía una pintura, que yo vi durante un momento, y que por un momento pareció resplandecer con una luz

a manera de fuego. Impresa sobre mi mente, sus contornos aumentaron, después desapareció, en cuanto hube pasado el umbral. Dentro ya, de nuevo su imagen se presentó ante mis ojos. Pareciendo atraerme, se desvaneció, y después volvió de nuevo. Permaneció impresa en mí; parecía imbuida con vida e intención de presentármese para mi propia crítica. Cuando empecé a analizarla empezó a desvanecerse, y después, cuando temía yo no cumplir con mi deber, o no ser respetuoso para con aquellos seres, volvió como para pedir atención. He aquí su descripción:

“Un corazón humano que tiene en su centro una pequeña centella; la centella se extiende y el corazón desaparece, mientras que una profunda pulsación parece pasar al través de mí. De pronto, la identidad es confusa, yo me agarro a mí mismo; y de nuevo, el corazón reaparece con la centella, que ha aumentado hasta convertirse en un gran espacio flamígero. Una vez más aquel movimiento profundo; después sonidos (**SIETE**); ellos se desvanecen. ¿Todo esto es una pintura?. ¡Si! porque en aquella pintura hay vida; en ella puede existir inteligencia. Es semejante a aquella pintura que yo vi en el Tibet, cuando mi primer viaje, en la cual la luna viviente se levanta y pasa ante la vista. ¿Dónde estaba yo?. ¡No, no después!. Era en el recinto. Otra vez aquel sonido omnipenetrante. Parece llevarme a mí a manera de un río. Después, una vez más la pintura; aquí esta Pranava. (*La mística sílaba oat. E. D.*). Pero entre el corazón y el Pranava existe un arco potente con flechas dispuestas, y fuertemente tendido para su empleo. Próximo hay un tabernáculo, con el Pranava encima de él, herméticamente cerrado, ninguna llave, ningún orificio para llave. En sus costados, emblemas de pasiones humanas. La puerta del tabernáculo se abre, y pienso yo que dentro contemplaré la verdad. ¡No! ¿Otra puerta?. Un tabernáculo otra vez. También se abre y después otro se ve brillando resplandeciente. Lo mismo que el corazón, él mismo se convierte en uno conmigo. Irresistible deseo de aproximarme a él viene de mi interior, y absorbe la pintura entera.

“Rompe al través del tabernáculo de Brahman; haz uso de la doctrina del maestro.” (*Al parecer, hay en esto alguna referencia a los Upanishads, porque en ellos hay consejos del maestro, para romper al través de todos los tabernáculos hasta que se llega al último. E. D.*).

No existe aquí conexión ninguna de esta exhortación con ninguna persona y es muy probable que sea algo que fue dicho por él mismo, en

soliloquio o que le dijo alguna voz o persona.

Debo terminar aquí, pues encuentro grandes desgarrones y claros en las notas. Debe él haber cesado de apuntar más cosas de las que vela o hacía en su vida real e interna, y convendrá V. seguramente en que si él había progresado en aquel entonces, hasta el punto en que las últimas porciones parecen indicar, no era posible escribiese ni sus reflexiones, ni memorándum ninguno de hechos. Sin embargo, no remos decir nunca qué razón tuvo para obrar así. Podía habersele dicho que no lo hiciese, o podía haber perdido oportunidad de hacerlo.

Existen muchas cosas, al través de estas páginas, que se refieren a su vida diaria de familia, y que no le interesan a V.: recuerdos de conversaciones, asuntos mundanos, cuestiones de dinero y de sueldos, viajes y encuentros con amigos. Pero estas páginas demuestran que, durante todo este tiempo, vivía trabajando y cumpliendo con su deber entre los hombres, con frecuencia agobiado por los cuidados, consolado por su familia, y lleno de solicitud para todos. He comunicado todo lo anterior, porque he supuesto que le interesaría a V., y he procurado con discreción dar sólo lo que parece referirse al período marcado en su principio por sus visitas a M... y al fin por esta última escena notable, cuyos detalles no podemos hacer más que imaginar. Del mismo modo ha habido necesidad de omitir mucho de lo que es suficientemente ininteligible en su simbolismo, para estar seguro de la revelación. He tratado honradamente de descifrarlo, porque nada me lo prohibía, y todo lo que he podido deducir de su oscuridad, se lo he comunicado a usted.

Como él diría, saludémonos uno a otro, y al último tabernáculo de Brahman: ¡Om, hari, hom!.